



Comentario bibliográfico

Gabriela Sica, *Del Pukara al Pueblo de indios. La sociedad indígena colonial en Jujuy, Argentina. Siglo XVII al XIX* (Córdoba: Programa de Historia Regional Andina – Ferreyra Editor, 2019).

María Cecilia Oyarzábal

*Instituto de Investigaciones Históricas y Sociales –
Universidad Nacional de la Patagonia San Juan Bosco
mariac.oyarzabal@gmail.com*

*Fecha de recepción: 11/03/2022
Fecha de aprobación: 15/03/2022*

Jujuy es un mundo donde, muy especialmente, el pasado reniega de su condición pretérita e insiste en referenciar el presente en cada rasgo de la sociedad, en cada pincelada del paisaje. Buena parte de ese núcleo que constituye la historia profunda de la provincia se encuentra en la sociedad colonial con sus imposiciones, tensiones, continuidades, resignificaciones y expresiones de resistencia. Y justamente es este el período abordado por Gabriela Sica en su obra *Del Pukara al Pueblo de indios. La sociedad indígena colonial en Jujuy, Argentina. Siglo XVII al XIX*.

El libro, que tiene su origen en la tesis doctoral de la autora, se basa en un profundo trabajo de análisis histórico en el Archivo General de Indias (España), Archivo General de la Nación (Argentina), Archivo Nacional de Bolivia, Archivo de Tribunales de Jujuy y Archivo Histórico de Jujuy,

además de fuentes editas. La riqueza del acervo documental se despliega en todo su potencial gracias al manejo del oficio por parte de la autora y el fino análisis que complementa y pone a dialogar fuentes de diversas procedencias, pero, también, gracias al conocimiento acabado del espacio que estudia y el terreno interdisciplinar en el que se desenvuelve.

Es esta una obra global del período ya que, abordar la sociedad indígena de manera acabada, supone hacer una historia de la sociedad jujeña con sus diversos actores sociales componiendo una trama de intereses, desigualdades, negociaciones y estrategias, un retrato de época, con sus matices y sus paisajes. Y lo es, además, porque estudiar este período es mirar los vestigios y la memoria que se hunden en el período preincaico, es analizar la constitución del período colonial y es, también, proyectar una mirada al futuro.

En el apartado introductorio, Gabriela Sica plantea que la jujeña es una sociedad con algunos rasgos diferenciados del resto del Tucumán, y se pregunta cuáles fueron los factores y condicionantes de este proceso y de qué manera se fue constituyendo allí la población indígena entre los siglos XVII y XIX. Responder a estos interrogantes supone rescatar la complejidad que asumió la fundación de la sociedad colonial, más allá de los estereotipos de términos polares, una diada de dominantes y dominados. Justamente esta propuesta de escapar a las explicaciones simplistas se proyectará a lo largo de la obra en diversas direcciones porque la complejidad es más un estado que una coyuntura. Y la autora no descuida ninguna arista.

La obra está presentada en ocho capítulos, además de la introducción y conclusiones, con un desarrollo de los temas que nos invita a presentar en tres partes.

Los dos primeros capítulos introducen al lector en los antecedentes tanto temporales como de trabajo, información signada por el conocimiento acabado del espacio sobre el cual se escribe y del *metier*: en los antecedentes de la investigación y las fuentes documentales. Ya hemos dicho que la complejidad es una constante en la obra y el primer capítulo no escapa a esta definición. Porque hablar del espacio supone hablar de biomas y condiciones espaciales muy diferenciados que determinarían la vida de las sociedades prehispánicas y la posterior explotación colonial. Las diferencias en la altitud, el clima y el entorno no solamente signaron las condiciones de vida y pro-

ducción de los antiguos habitantes de la jurisdicción, sino, también determinaron los patrones de asentamiento y traslados coloniales en una sociedad signada por el movimiento.

El segundo capítulo, se refiere a las sociedades prehispánicas en el espacio, principalmente a través del análisis de los trabajos arqueológicos. Un detallado balance hace de este estado del arte un recorrido por las transformaciones en los sitios de poblamiento y los paulatinos procesos de complejización y centralización política, perfilando las distinciones culturales que distinguirían a los grupos de la Quebrada de Humahuaca con respecto a los habitantes de las sociedades vecinas. Este recorrido permite actualizar los debates históricos sobre los pueblos prehispánicos de la región, marcados por su propia historicidad, la implantación de mitimaes incaicos y los tempranos traslados coloniales. El entrecruzamiento de registros arqueológicos y lingüísticos con fuentes coloniales tempranas tiene una larga trayectoria de estudio que se renueva no sólo por el progreso en la prospección arqueológica sino, también, a partir de los avances en los estudios etnohistóricos que abrieron a nuevas propuestas de modelos de territorialidad e identidad.

Una vez situado el lector en los marcos espaciales y sociales sobre los que discurre la obra, la autora se ocupará de las estructuras fundamentales del poder colonial, lo que el proyecto toledano denominó “las dos repúblicas”, su organización y su crisis en una perspectiva de larga duración que alcanza al siglo XIX.

Hablar de la sociedad indígena en el Jujuy colonial es hablar del modelo de encomienda, al que se abocará el tercer capítulo. La concesión de las mercedes determinó la imposición colonial en el espacio indígena, aplicando cargas tributarias, ordenando traslados y reconfigurando el espacio y las adscripciones étnicas. Para su presentación la autora realiza un profundo análisis de los linajes encomenderos, su historia en la región y las redes que conformaron. Este estudio expone las particularidades del caso jujeño en el que, a diferencia de otros espacios, algunas mercedes sobrevivieron hasta finales del siglo XVIII e inclusive superaron la primera década del siglo siguiente. A lo largo del capítulo, veremos las formas en que se fue consolidando el sector. Algunos rasgos llevarán la marca de la tierra, como la preeminencia que se obtenía por el compromiso de participar en las guerras en la frontera chaqueña, distintivo que vino a sumarse al inicial status de benemérito de la conquista. En lo económico se reprodujeron las estrategias observadas en otros

espacios del Virreinato del Perú como, por ejemplo, la diversificación de los emprendimientos productivos y comerciales, que se orientaron al abastecimiento de los principales centros argentíferos charqueños.

En directa relación con este sector, se abre el cuarto capítulo cuyo título comienza con una sugerente cita: “Por conveniencia de nuestro encomendero”, para especificar que se referirá a la creación y pervivencia de los pueblos de indios y sus tierras comunales entre los siglos XVI a XIX. Como ya mencionamos, los traslados y las desnaturalizaciones fueron frecuentes en el espacio jujeño. Los indígenas fueron llevados a otras jurisdicciones, reasentados dentro de espacios correspondientes a la órbita de los asentamientos prehispánicos y cercanos a sus tierras comunales o directamente obligados a trasladarse a tierras privadas. Estos desplazamientos, fruto de la iniciativa de los encomenderos se dieron a través de múltiples mecanismos entre los que se contaban las negociaciones y la coerción, refrendados posteriormente por medios legales y la intervención de funcionarios de la Corona. Los nuevos asentamientos se consolidaron como pueblos de las comunidades, adoptando los topónimos coloniales como marcas identitarias, poblaciones que moldean el paisaje hasta la actualidad, sin perder el sello indígena, a pesar de la desaparición de sus tierras comunales en el siglo XIX, a través de la expropiación directa, la apropiación de los antiguos encomenderos o su transformación en lotes enfitéuticos.

El ideal de las dos repúblicas prontamente naufragó en una realidad donde la circulación y los mestizajes afloraron, y las experiencias individuales y las nuevas formas de identificación comenzaron a ganar relevancia. Los cuatro últimos capítulos del libro de Gabriela Sica se adentrarán en los matices de las sociedades indígenas jujeñas, brindándonos el panorama de un mundo signado por las resignificaciones, la pluralidad y el dinamismo.

En términos generales, cuando se estudia documentación referida a indígenas, sobresalen los nombres de las autoridades étnicas. El presente libro rescata, además, otras voces. Dos frentes de guerra: los valles Calchaquíes y la frontera con el Chaco serían fuente de mano de obra cautiva que pobló la jurisdicción de Jujuy junto a otros grupos indígenas que escapaban a la categoría de tributarios propia de los pueblos de indios. Desnaturalizados, cautivos, migrantes, forasteros y yanaconas poblaron chacras, tierras de encomienda, se ocuparon de la arriería, los fletes y

diversos servicios y oficios desdeñando la letra de la ley y de lo estipulado. Su participación en los mercados, a través de variadas formas de contratación de la mano de obra, donde los productos de la tierra y el metálico circularían alternativamente, crearían una cultura material sustancialmente andina y colonial.

Las adscripciones identitarias de los naturales también encontrarán en estos siglos nuevos referentes vinculados a la memoria, el espacio y el poder. Las autoridades étnicas actuaron en el contexto colonial, ejerciendo los tradicionales cacicazgos o asumiendo nuevas funciones como alcaldes de mita, alcaldes indígenas o caciques gobernadores. La autora comprueba que, a diferencia de otros espacios, en Jujuy el principio de autoridad se basó en la pervivencia de los roles ancestrales, aunque sin descuidar las instancias legitimadoras generadas por el poder colonial y sus símbolos. En lo colectivo, la conquista generó —bajo la categoría homogeneizadora de “indígena”— la fragmentación de los grupos prehispánicos mayores en identidades locales repartidas. Ello llevó a que los colectivos crearán nuevas formas de adscripción étnica restringida a los pueblos, el apego a un espacio considerado “natural” que en muchas ocasiones no era más que el destino al que habían arribado por decisión de sus encomenderos.

Un proceso de unificación de la diversidad fue gestado por el poder colonial a partir del siglo XVI, concluye Gabriela Sica. La convivencia diaria, el ejercicio de la cotidianeidad, las técnicas y el lenguaje permearon las diferencias entre españoles, indígenas, castas y esclavos o libertos moldeando la sociedad estudiada.

El Jujuy colonial que plasma la obra da cuenta de una lógica propia que fluctúa entre los valles y las tierras altas sin escapar a las estructuras de un orden impuesto que adquiere, allí, rasgos específicos. Es esta una obra medular sobre la sociedad colonial jujeña que no descuida las variables de interés que surgen tanto del período prehispánico como del independiente para pensar la larga duración. La lectura nos da la pauta de una sensible labor en el quehacer científico donde el diálogo entre el espacio, la documentación y la arqueología es una constante. La disposición de la información a través de los capítulos, cuadros, gráficos y mapas, hablan de un trabajo profundo que nos devuelve una lectura clara, un rescate de distancias, nombres propios, vínculos y hábitos que profundizan la aprehensión de ese complejo entramado que tiene por objeto de estudio.

A lo largo de la lectura surge la tensión entre lo estructural y lo particular, tensión que nos lleva a preguntarnos en qué medida las especificidades no forman parte de la lógica del conjunto. Las estrategias, las excepciones que hacen del Jujuy estudiado por Sica un caso diferenciado de otros espacios coloniales nos mueven a reflexionar acerca de la flexibilidad del orden impuesto y la pluralidad de posibilidades que convivían en él. Es esta una historia global del Jujuy de los siglos XVII al XIX, pero es también un camino abierto para repensar los fundamentos del orden colonial, una invitación a volver a buscar en su complejidad, nuevas respuestas.